

2005

# Identidad docente: vida personal-vida profesional

Gómez-Gómez, Elba N.

---

Gómez-Gómez, E.N. (2005). Identidad docente: vida personal-vida profesional. En Didac, Nueva Época, núm.46. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/2619>

*Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:*

*<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>*

*(El documento empieza en la siguiente página)*

# Identidad docente: vida personal-vida profesional

*Elba Noemí Gómez Gómez*

PROFESORA-INVESTIGADORA

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN Y VALORES

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE



Todo enseñante es llevado a encarnar (proyectar) sus conflictos, su yo ideal, su verdadero sí mismo en los demás significantes (alumnos, coordinadores, etc.) que se manifiestan así como portadores de su laberinto interior (Abraham, 1986: 24).

EL DOCENTE ES ANTES, DURANTE y después de la tarea magisterial una persona, con un proceso de socialización, una historia particular y un modo singular de ver la vida. Parafraseando a Elsie Rockwell, el maestro no sólo es un trabajador, es a la vez una persona. Es un ser humano que estructura sus propios conocimientos, sus recursos y estrategias para resolver diariamente la problemática presente en el espacio educativo común del aula (Rockwell, 1987: 14).

En su práctica cotidiana inciden conocimientos que ha adquirido social y culturalmente, los cuales van más allá de la dimensión pedagógica. El docente se desenvuelve en su tarea cotidiana como un todo de significados y simbolismos, como una persona que ha ido estructurando una concepción del mundo y de su práctica, integrando las diversas experiencias conformadas a lo largo de su trayectoria personal, académica y profesional.

Esta presencia del maestro investido de toda su biografía y totalidad nos acerca a lo que Bordieu (1980: 264) designa con el nombre de *habitus*, el cual "hace referencia a la cultura (de una época, de una clase o de un grupo cualquiera). En tanto

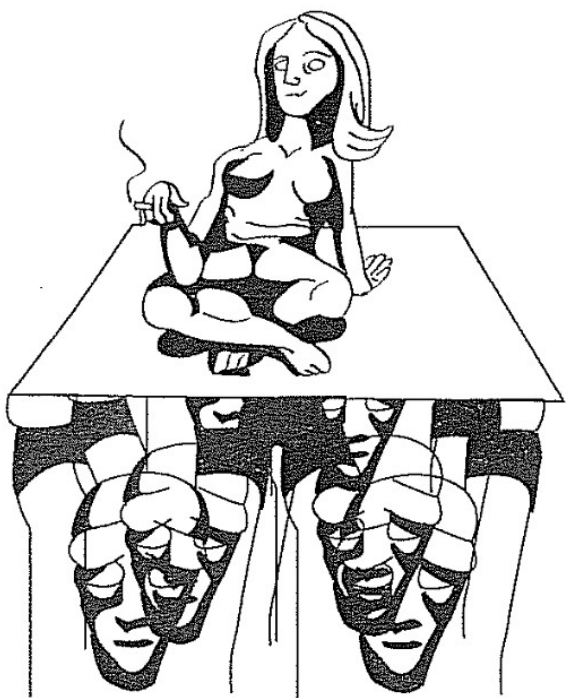
que interiorizada por el individuo, bajo la forma de disposiciones duraderas que constituyen el principio de su comportamiento o de su acción, permite asegurar la mediación entre la estructura y la praxis". Que nos remite al equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la interiorización y la exteriorización, entre lo pasado y lo presente, entre la innovación y la adaptación.

El *habitus* entendido como "un sistema de suposiciones durables y transferibles; es decir, predisposiciones, que, al integrar toda experiencia pasada, funcionan en cada instante como una matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones" (Bourdieu, 1980: 265). Que predisponen la actuación del hombre en el mundo; en el caso del docente, su actuación en el espacio educativo se basa en su identidad como sujeto social y persona singular.

El maestro al llegar al salón de clases no abstracta solamente la parte de sí mismo que corresponde al saber y a las habilidades propias del histrionismo docente. A diferencia de otras profesiones, la docencia está enmarcada en las relaciones personales, por lo que la interacción humana es constante, y este juego afectivo dibuja y da color a esta actividad. El

maestro espera tener "éxito" con sus alumnos, y esto último está condicionado por la aceptación, por el sentirse respetado, útil, querido; pero al mismo tiempo el alumno espera ser aceptado, querido, respetado, reconocido por el primero. Así, la docencia, y en particular la construcción de la identidad docente, se mueve en el encuentro y desencuentro permanentes entre el maestro y el alumno.

En el maestro están presentes sus sentimientos y el reto de la realización personal al llevar a cabo su labor. Alber Moyni (Abraham, 1986: 31), en relación al papel que juega la afectividad en el espacio educativo, plantea que "poner entre paréntesis la afectividad en el proceso pedagógico, en realidad,



es imposible a partir de cierto grado de sentimientos. Ciertamente, muchos factores intervienen para hacer más afectivo de lo que se cree al acto de comunicación pedagógico. En primer lugar, lo transmitido no puede separarse, como si fuera un objeto, de la persona que lo transmite: se trata de un saber interiorizado, ligado a un ser que se comunica... Aunque el enseñante no sea la fuente del

saber, la comunicación de ese saber es en realidad la emanación de una voz, de una mímica, de una mirada, de un gesto"; en palabras de Remedi, de un discurso.

El maestro, al dar clases, pone en juego su vida, sus valores y su autoestima. La respuesta de los alumnos a sus esfuerzos es interpretada y sentida como un refuerzo para su persona, o como una agresión y un cuestionamiento a lo que lo constituye como tal.

El maestro espera una respuesta de convalidación por parte del alumno al esfuerzo que realiza por enseñar y por ser un buen docente; cuando la respuesta no es la esperada, presenta sentimientos de frustración, simbolizados como falta de interés y de respeto por parte de los docentes. Se incluye en la interpretación el rechazo hacia los valores más "sagrados".

En una conversación con la autora, ante la pregunta ¿qué es para ti ser maestro? un docente responde que cuando a un alumno no le interesa lo que él le quiere compartir atenta contra uno de sus valores existenciales de misticidad más grandes. Prosigue el maestro haciendo una relación con la consagración: dice que es tan sagrado para él como una hostia y que es igual que si él fuese sacerdote y va y da la comunión a alguien y ese alguien agarra la hostia y la tira al suelo.

Alber Moyni (Abraham, 1986: 33, 34) afirma que el maestro entregado en toda su persona, tanto física como psicológica e intelectualmente, se encuentra preso de todo un juego de imágenes: comparando, más o menos conscientemente, la imagen que recibe de sí mismo, enviada por el alumno, con la imagen que espera recibir, la imagen de su deseo... Si la imagen recibida se ajusta a la imagen deseada el docente se ve acechado por el aislamiento narcisista y por todas las trampas de la complacencia mutua y de la fusión. Si, por el contrario, la imagen es demasiado diferente (el alumno distraído no escucha, el alumno nervioso charla, el alumno agresivo responde con insolencia), el deseo interior del maestro experimenta una frustración importante. El "actor" de su personalidad siente que su mensaje no es eficaz; su parte de "padre nu-

tricio" cree que el alimento propuesto en la forma de la palabra magistral es rechazado. Parafraseando al maestro aludido: "voy y le doy lo más sagrado de mí, voy y le doy la hostia y la tira al suelo".

En el maestro, al mismo tiempo que intenta acercarse a la imagen de docente que la sociedad demanda, lo mismo que la institución en la que labora y los grupos de pares, el yo de la persona pugna por manifestarse y al mismo tiempo por protegerse para no ser lastimado, y si bien esto es motivo constante de conflictos internos, también es motivo de negociación y resignificación. Los maestros construyen un imaginario ideal de profesor, erigido como autoexigencia. Entre las "exigencias" colectivas, que después se vuelven "autoexigencias", se encuentran las de ser nombrados por los alumnos, las de ser bien evaluados, las de ser recordados, las de trascender.

Cuando el maestro tiene algún "problema" con los alumnos trata de resguardar su integridad como persona, muchas veces desconociendo sus sentimientos o realizando un esfuerzo sostenido por no ser afectado por la problemática cotidiana en el salón de clases: "La identidad hace referencia a un sistema de relaciones y de representaciones. Es un intento constante de mantener el equilibrio, de lograr racionalidad, de dar coherencia, de integrar, de buscar el consenso con el grupo" (Remedi, 1989: 8). El docente pugna así, por una parte, por defender sus decisiones como las más correctas, y, por otra, responder a las demandas del exterior. Aceptar los errores en la práctica docente aparece muchas veces en el imaginario como un golpe a la autoestima, y en muchas otras atenta contra la identidad construida.

Parafraseando a Ada Abraham (1986: 23), el combate que se libra en el yo, entre sus diferentes "aspectos" y "meandros", y sobre todo entre los dos modos de conocimiento y reconocimiento de uno mismo (consciente e inconsciente), sólo puede explicarse por la dimensión social, la dimensión del *sí mismo* colectivo. El campo escolar es una entidad bien diferenciada, con sus prohibiciones explícitas o tácitas, con sus fantasías, ideales o conflictos, imáge-

nes móviles y sacralizadas. Ese organismo colectivo vivo decide, en virtud de sus leyes "superyoicas", sobre lo que es interioridad consciente o inconsciente en el *sí mismo* individual, por medio de la ansiedad que ese organismo suscita y por medio de las recompensas (estima, amor de los otros, éxito) que prodiga.

El maestro, busca acomodarse consciente e inconscientemente, al yo ideal colectivo, es decir, a la imagen ideal que se tiene de docente y que se comparte institucionalmente. Por lo tanto, la imagen institucionalizada ejerce una presión sobre el docente y su práctica para acercarse a la misma, llevando consigo el conflicto con el "verdadero *sí mismo*". La mayoría de los docentes pertenece a otras agrupaciones al interior de la institución educativa, que funcionan como una instancia mediadora entre el ideal colectivo de la institución y la búsqueda personal de construcción permanente de la "identidad docente".

Para mantenerse a través del tiempo en el trabajo del aula "el docente requiere no sólo conocimientos teóricos y pedagógicos, sino al mismo tiempo de una serie de conocimientos más sutiles que se pondrán en juego en una interacción permanente entre lo afectivo, lo social y lo intelectual" (Rockwell, 1987: 14). Este conjunto de habilidades, conocimientos y actitudes son recreados para alcanzar el perfil esperado para llegar a ser reconocido como "buen maestro".

En tanto, el maestro va sintiendo que comprende más la profesión de educar, va descubriendo la multidimensionalidad y complejidad de esta práctica, y la cantidad de elementos que se requieren para llevarla adelante con "éxito", al mismo tiempo que va llenando de contenidos el ideal inalcanzable, va concretándolo en demandas precisas, en componentes de una identidad reflexiva.

Elsie Rockwell (1987: 14) afirma que el maestro integra en la actividad docente sus necesidades personales como ser humano, así como la prioridad de establecer orden y enseñar. En su esfuerzo cotidiano pone en juego su supervivencia económica, su satisfacción y realización, así como su bienestar

y seguridad mental y física. Vive con riesgo el mantenerse en un espacio profesional, el contar con un estatus, con un modo de vida, con un futuro y una identidad profesional. En sí está en juego su autoestima y el conjunto de su existencia.

La identidad docente tiene que ver con el esfuerzo sostenido que realiza el maestro para mantener una presencia y una seguridad al enfrentar la problemática que se le presenta diariamente; es la necesidad de equilibrio, de tener cierta claridad acerca de dónde está parado. Es la necesidad al mismo tiempo de controlar, enseñar y ser querido, de sentirse realizado tanto "personal" como "profesionalmente".

De manera coincidente, cuando el maestro encuentra más conflicto ante algunas situaciones particulares o problemas con alumnos con ciertas características, esto tiene una relación estrecha con su escala de valores, con su historia personal, con la manera de resolver los problemas en su vida diaria. Ada Abraham (1986: 26) complementa planteando que en "el enseñante, lo mismo que en todo ser humano, hay toda una trama de identificaciones que nos remite a nuestras vivencias afectivas, a juicios, a valores". La docencia en esta línea se ubica en un ir y venir del involucramiento al alejamiento; de los afectos a la razón; del yo al otro; de lo objetivo a lo subjetivo.

En palabras de Ada Abraham (1986: 26), el *sí mismo* profesional es un sistema multidimensional que comprende las relaciones del individuo consigo mismo y con los "demás significantes" de su campo profesional. En la base del sistema están las imágenes, las actitudes, los valores, los sentimientos, las tensiones, las emociones, presentes en un nivel inconsciente, porque el enseñante no se permite reconocerlos como "suyos" por más que esos deseos, imágenes y tensiones constituyan su verdadero *sí mismo*.

La identidad se construye en estrecha relación y en contraposición con el otro, el referente sobre el cual intenta dar sentido a su existencia. Aquí aparece la pregunta: ¿Quién es el otro en torno a quien se construye la identidad?

Muchas veces el docente experimenta su práctica con un sentimiento de soledad. Vive su actuar

como un espacio íntimo, privado, personal. Pero realmente no está solo en el proceso educativo, siempre está en permanente relación con el otro: con el alumno, con el director, con los colegas, con el contenido, con los padres de familia, con la sociedad, etcétera.

Al ser la educación un espacio social, el docente se encuentra incluido en una red de relaciones que lo ubican en un lugar con ciertas exigencias y lo colocan en cierta relación de poder con el otro. Para Theodor Adorno, el maestro es y existe en contacto estrecho con el alumno. Su poder, fundado en el saber y su criterio de verdad, depende del reconocimiento del otro (Rockwell, 1985: 26). Además, existe un juego entre el docente y la institución. Esta última plantea ciertos requerimientos e ideales simbólicos para el desempeño de la actividad docente.

La identidad docente es la manera en que el maestro se incluye en la actividad educativa, es hablar del sentimiento de pertenencia o no pertenencia a esta profesión. El maestro busca responder de manera distinta a las exigencias que le demanda su práctica educativa, y por ello la resignifica, reconstruye su imaginario en torno a la profesión de educar y con ello reconstruye su identidad, que le da al docente la posibilidad de ubicarse en el tiempo y en la historia, con un sentido de permanencia y prolongación. Es la posibilidad de integrar el pasado con el presente, concretados en la singularidad de sí mismo, en lo que comparte con los otros, en lo que no comparte, presente en la negociación permanente con la sociedad, con los alumnos, con la institución, con el colectivo y consigo mismo.

#### REFERENCIAS

- Abraham, Ada. *El enseñante es también una persona*. Barcelona: Gedisa, 1986.
- Bourdieu, Pierre. "Habit, Ethos, Hexis...", en *Questions de Sociologie*, París, Les éditions de Minuit, 1980.
- Remedi, Eduardo, et al. *Maestros, entrevistas e identidad*. México: Departamento de Investigaciones Educativas, Cinvestav-IPN, 1989.
- Rockwell, Elsie. *Desde la perspectiva del trabajo docente*. México: DIE del Cinvestav-IPN, México, 1987.
- Rockwell, Elsie. *Ser maestro. Estudios sobre el trabajo docente*. México: SEP/El Caballito, 1985.